

30 de Julio de 1987

JESUS ROMERO FLORES

JESUS ROMERO FLORES

Heraldo Michoacano. 30 de Julio de 1987

Por Manuel López Pérez

Al Maestro, celebrando y lamentando, a la vez, su jubilación.

Como distintas flores surgiendo siempre de un mismo tallo, milagro que hacía estremer de admiración a Víctor Hugo, generaciones y generaciones de hombres han salido de la mente, del corazón y de las manos maestras de don Jesús Romero Flores. La roja y palpitante entraña, la inteligencia juvenil en sus fulgores y las manos activas integran la unidad del hombre que en su banquillo de profesor en Tangancicuaro, primero, al frente de escuelas pueblerinas después escribiendo en los periódicos provincianos que eran como los primeros relámpagos de la tormenta revolucionaria, arrullando sus sueños de poeta y de historiador acurruándolos en los rincones de revistas impregnadas de romanticismo, político más tarde, en plena revolución, hace la Ley de Educación vigente en Michoacán y funda en 1915 la Escuela Normal para Maestros. He dicho que sentimiento, pensamiento y trabajo forman unidad en el Maestro, porque quienes fuimos sus discípulos, más bien sus hijos de espíritu, ya que discípulo nos parece poco, porque sólo connota el término la estancia bajo el régimen de conducta formal impuesto por un hombre, y así no todos los discípulos podemos llamarnos sus hijos, lo captamos íntegro, sin que a

la manera de dios oriental los diferentes elementos de su ser engendraran castas. Los que fuimos, lo fuimos plenamente y estamos por esta afirmación en actitud retadora que también del maestro heredamos. Esta integración de las conciencias, armónicamente, sin unilateralidades deformadoras, es algo valiosísimo, y tan importante y vital característica de la personalidad, tiene como base una formación completa de las disciplinas que la escuela en cualquiera de sus grados sirve al estudiante, cuando el maestro lo es en verdad, y se mueve con señero y aquilada docencia, convirtiéndose en majestuosas las altísimas regiones de la cátedra. Los maestros constituyen un bien pedagógico, son los transformadores que regulan las corrientes de alta tensión de la cultura de un ciclo histórico, para que los discípulos receptores no se fulminen a su contacto, destruyéndose, incapacitándose por indigestión o por complejo ante la cima de rayos del pensamiento humano que ilumina su tiempo.

Dosificación del conocimiento sin escaseces, resumen sin mutilaciones de la materia, debe ser y es el objetivo de la metódica magisterial. No creemos en las especializaciones, sino en el orden de lo mecánico. Cuando se habla de la formación de la personalidad de un hombre, no tiene sentido hablar de especialización, porque los valores que la Pedagogía tiene como mi-

sión realizar, son heroicos, se dan o no se dan en la conciencia. Maestro y discípulo entonces, son o no son. Uno y otro si no logran aprender, cayendo bajo la jurisdicción de las vigencias (valores), captar, que es el término propio, que implica conocimiento y conducta, los imperativos esenciales de Ciencia, Ética y Estética. —Verdad, Bien Belleza— pongamos por caso, no serán jamás ni discípulo ni maestro. Y es que el conocimiento humano es uno solo aunque no parezca así cuando es fraccionado por las clasificaciones metódicas. De ello se desprende que quien quiera sentirse especializado, sólo resalta un seguidor del camino de sus preferencias que lo llevarán *vellis nollis* a la coordinación sintetizadora, negando sus afanes de especialización. Podrá ser el hombre un superficial, porque es imposible ahondar en todos los aspectos del conocimiento, pero en cambio será dueño de un mapa del mundo del genio, carta que le permitirá visitar las regiones que quiera y pueda penetrar. Con lo dicho me anticipo a contestar las objeciones al enciclopedismo, que lo único que tiene de malo, se encuentra en la defectuosa concepción de quienes lo critican: creen que el hombre enciclopédico es sólo un hacinaamiento de datos, sin estructuración sintética fundada en la coordinación de las vivencias. Si así fuera, también nosotros lo condenaríamos.

Pues bien, Romero Flores

escogió a la Historia como maestra, y en esa obra de arte en que sobre el polvo de los siglos revive el alma de los siglos, nutrió la agudeza de su capacidad docente. De allí tomó su caudal: ¿cuál conocimiento, cuál experiencia humana no se registra en la Historia? De allí tomó su método: ¿Cuál disciplina mejor que la Historia puede dar la penetración en las interioridades del hombre? No creemos que exista historia clínica alguna, fichas de observación de psicología moderna, que superen a la historia como suministradora de datos para el conocimiento del hombre. Y como la historia, en su prodigiosa unidad como obra de arte es totalizadora, de ella extrajo el maestro el sentido armónico con que debe realizarse el hombre que enseña para poder lograr el hombre educado.

El historiador hizo el maestro, y que no se diga que Romero Flores ejerció como maestro antes de ser historiador. Vocacionalmente eso sería falso. En todo caso, fue buen maestro hasta que fue historiador.

Por eso el dominio campear del verbo docente siempre: ante los niños, ante los jóvenes, en el periódico, en la revista, en la tribuna cívica, en la tribuna parlamentaria. No se puede saber de Castelar, de Cicerón, de Martí, de Demóstenes, de Esquines, de Isócrates (el orden al citar estos hombres es lo de

(Pasa a la 3a. Pág.)

Jesús Romero Flores

(Pasa a la 2a. Pág.)

menos, porque todos son grandes), si la historia se ha estudiado *reviviéndola* o sea en el caso de los oradores nombrados, conociendo sus discursos, saboreando su texto imaginándolo sonar en el escenario sobre el cual se derramó considerando los hechos que lo inspiraron, reconstruyendo los efectos que produjo. Y como este revivir modela la dicción, obliga a la imitación imaginada del gesto, la entonación, etc., no puede concebirse a un historiador del género descrito, sin poder ser un orador en cierta proporción y medida, desde luego. El anterior ejemplo, puede servir para constatar mis afirmaciones relativas a la universal enseñanza que otorga el conocimiento de la Historia Universal, ya que en forma semejante, puede analizarse la actitud intelectual del que está haciendo la historia de un país, o del mundo, en el capítulo, por ejemplo que corresponde a Einstein como autor de la Teoría de la Relatividad.

Aparte del dominio de la palabra engendrado en la maestría lograda en el manejo de las ideas, Romero Flores tiene un extraordinario poder de penetración para conocer al discípulo, semejante al que el orador tiene para conocer a su auditorio. Entonces entra en acción, sobre el caudal del contenido, sobre la artística agilidad del expositor, la habilidad prodigiosa del animador, —artista del estímulo— que mueve los resortes íntimos del estudiante, halagándolo, emulándolo, quebrantándolo, exaltándolo, según el caso que el muchacho tipifique. Ese es el gran secreto de Romero Flores, su genialidad como maestro que hace amar el trabajo en las aulas, prendiendo al discípulo en las redes del entusiasmo, porque ante el maestro se ve comprendido, se ve revelado, se considera actuando en la tarea de su propia formación, se ve reconocido como valioso, se ve homenajado y a la vez protegido por las condescendencias sutiles del maestro que no lo deprime, sino que lo impulsa, y hasta en el caso de flagrante error, lo disculpa transportando a la explicación del hecho lamentable, el juicio de reprobación.

Me he empeñado en desentrañar el arte del maestro, partiendo de mis propias ex-

periencias, que muchas veces me llevaron a interrogarme a cerca de cuál era la causa de la atracción irresistible que yo sentía en su cátedra y siendo ahora en su trato. Y lo que he podido concluir es lo expuesto, y que exteriorizo, no con pretensión de mostrarme agudo, sino para señalar lo que tantos maestros podrían hacer para lograr serlo auténticamente: imitar a Romero Flores.

No siendo yo el indicado para hacer una valoración del maestro, sino simplemente el discípulo agradecido que trata de rendir su tributo de admiración, no hay por qué alargar esta nota, y a todo intento analítico prefiero el calor de la palabra cordial y apasionada: así como del mismo tallo, surgieron distantes flores, según la frase admirativa de Hugo, del corazón, de la inteligencia y de las manos del maestro han salido muchas generaciones. Entre ellas la mía, la de 1926-1931. Fue dado a la vida recoger de la tierra y elaborar en su maravilloso laboratorio de simple planta, todos los elementos que integran el sabroso fruto de la uva. A un hombre que fue maestro en sumo grado, le fue dado también con plenitud de razón, porque no era una simple planta, sino el más genial y puro de los hombres, convertir, en unas bodas el agua en vino. Con el respeto que el genio de Jesús merece, yo quiero afirmar que con los modestos elementos que la naturaleza puso en mi persona física, el maestro Romero Flores emuló a la vida e imitó a Jesús —Jesús también él— y de romo porque de barro moldeó los elementos de mi hombría, y luego como en el milagro que el Evangelio sitúa en el regocijo de unas bodas —fiesta de amor espiritual— del agua insípida de mi sensibilidad pobre, hizo milagrosamente el vino generoso de mi entusiasmo, entusiasmo que pongo en este homenaje que le rindo de todo corazón, ahora que al jubilarse deja para siempre su brillante carrera en las aulas.



JESUS ROMERO FLORES

El Nacional julio 28 de 1957.

Jesús Romero Flores

SIGUE DE LA PAGINA TRES

y es el objetivo de la metódica magisterial. No creemos en las especializaciones, sino en el orden de lo mecánico. Cuando se habla de la formación de la personalidad de un hombre, no tiene sentido hablar de especialización, porque los valores que la pedagogía tiene como misión realizar, son heroicos, se dan o no se dan en la conciencia. Maestro y discípulo entonces, son o no son. Uno y otro si no logran aprender, cayendo bajo la jurisdicción de las vigencias (valores), captar, que es el término propio, que implica conocimiento y conducta, los imperativos esenciales de Ciencia, Ética y Estética. —Verdad, Bien, Belleza— pongamos por caso, no serán jamás ni discípulo ni maestro. Y es que el conocimiento humano es uno solo aunque no parezca así cuando es fraccionado por las clasificaciones metódicas. De ello se desprende que quien quiera sentirse especializado, sólo resulta un seguidor del camino de sus preferencias que lo llevarán velis nollis a la coordinación sintetizadora, negando sus afanes de especialización. Podrá ser el hombre un superficial, porque es imposible ahondar en todos los aspectos del conocimiento, pero en cambio será dueño de un mapa del mundo del genio, carta que le permitirá visitar las regiones que quiera y pueda penetrar. Con lo dicho me anticipo a contestar las objeciones al enciclopedismo, que lo único que tiene de malo, se encuentra en la defectuosa concepción de quienes lo critican: creen que el hombre enciclopédico es sólo un hacinaamiento de datos, sin estructuración sintética fundada en la coordinación de las vivencias. Si así fuera, también nosotros lo condenaríamos.

Pues bien, Romero Flores escogió a la Historia como maestra, y en esa obra de arte en que sobre el polvo de los siglos revive el alma de los siglos, nutrió la agudeza de sus capacidades docentes. De allí tomó su caudal: ¿Cuál conocimiento, cuál experiencia humana no se registra en la Historia? De allí tomó su método: ¿Cuál disciplina mejor que la Historia puede dar la penetración en las interioridades del hombre? No creemos que exista historia clínica alguna, fichas de observación de psicólogo moderno, que superen a la Historia como suministradora de datos para el conocimiento del hombre. Y como la historia, en su prodigiosa unidad como obra de arte es totalizadora, de ella extrajo el

maestro el sentido armónico con que debe realizarse el hombre que enseña para poder lograr al hombre educado.

El historiador hizo al maestro, y que no se diga que Romero Flores ejerció como maestro antes de ser historiador. Vocacionalmente eso sería falso. En todo caso, fue buen maestro hasta que fue historiador.

Por eso el dominio campear del verbo docente siempre: ante los niños, ante los jóvenes, en el periódico, en la revista, en la tribuna cívica, en la tribuna parlamentaria. No se puede saber de Castelar, de Cicerón, de Martí, de Demóstenes, de Esquines, de Isócrates (el orden al citar estos nombres en lo de menos, porque todos son grandes), si la historia se ha estudiado reviviéndola o sea en el caso de los oradores nombrados, conociendo sus discursos, saboreando su texto imaginándolo sonar en el escenario sobre el cual se derramó, considerando los hechos que lo inspiraron, reconstruyendo los efectos que produjo. Y como este revivir modela la dicción, obliga a la imitación imaginada del gesto, la entonación, etc., no puede concebirse a un historiador del género descrito, sin poder ser un orador en cierta proporción y medida, desde luego. El anterior ejemplo, puede servir para constatar mis afirmaciones relativas a la universal enseñanza que otorga el conocimiento de la Historia Universal, ya que en forma semejante, puede analizarse la actitud intelectual del que está haciendo la historia de un país, o del mundo, en el capítulo, por ejemplo que corresponda a Einstein como autor de la Teoría de la Relatividad.

Aparte del dominio de la palabra engendrado en la maestría lograda en el manejo de las ideas, Romero Flores tiene un extraordinario poder de penetración para conocer al discípulo, semejante al que el orador tiene para conocer a su auditorio. Entonces entra en acción, sobre el caudal del contenido, sobre la artística agilidad del expositor, la habilidad prodigiosa del animador, —artista del estímulo— que mueve los resortes íntimos del estudiante, halagándolo, emulándolo, quebrantándolo, exaltándolo, según el caso que el muchacho tipifique. Ese es el gran secreto de Romero Flores, su genialidad como maestro que hace amar el trabajo en las aulas, prendiendo al discípulo en las redes del entusiasmo, porque ante el maestro se ve comprendido, se ve re-

velado, se considera actuando en la tarea de su propia formación, se ve reconocido como valioso, se ve homenajeado y a la vez protegido por las condescendencias sutiles del maestro que no lo deprime, sino que lo impulsa, y hasta en el caso de flagrante error, lo disculpa transportando a la explicación del hecho lamentable, el juicio de reprobación.

Me he empeñado en desentrañar el arte del maestro, partiendo de mis propias experiencias, que muchas veces me llevaron a interrogarme acerca de cuál era la causa de la atracción irresistible que yo sentía en su cátedra y siento ahora en su trato. Y lo que he podido concluir es lo expuesto, y que exteriorizo, no con pretensión de mostrarme agudo, sino para señalar lo que tantos maestros podrían hacer para lograrlo auténticamente: imitar a Romero Flores.

No siendo yo el indicado para hacer una valoración del maestro, sino simplemente el discípulo agradecido que trata de rendir su tributo de admiración, no hay por qué alargar esta nota, y a todo intento analítico prefiero el calor de la palabra cordial y apasionada: así como del mismo tallo, surgieron distintas flores, según la frase admirativa de Hugo, del corazón, de la inteligencia y de las manos del maestro han salido muchas generaciones. Entre ellas la mía, la de 1926-1931. Fue dado a la vida recoger de la tierra y elaborar en su maravilloso laboratorio de simple planta, todos los elementos que integran el sabroso fruto de la uva. A un hombre que fue maestro en sumo grado, le fue dado también con plenitud de razón, porque no era una simple planta, sino el más genial y puro de los hombres, convertir, en unas bodas el agua en vino. Con el respeto que el genio de Jesús merece, yo quiero afirmar que con los modestos elementos que la naturaleza puso en mi persona física, el maestro Romero Flores emuló a la vida e imitó a Jesús —Jesús se llama también él— y de mi tierra, porque de barro somos, tomó los elementos para la uva de mi hombría, y luego como en el milagro que el Evangelio sitúa en el regocijo de unas bodas —fiesta de amor espiritual— del agua insípida de mi sensibilidad pobre, hizo milagrosamente el vino generoso de mi entusiasmo, entusiasmo que pongo en este homenaje que le rindo de todo corazón, ahora que al jubilarse deja para siempre su brillante carrera en las aulas.